

El fin del espacio

«Somos tiempo»

Vuelvo a Albox varias veces al año. No tiene por qué ser en fechas señaladas. El pueblo está allí. Siempre allí. Me reconozco antes de que llegue. Me envuelve con calles en el mismo lugar donde las dejé. Los bares actúan de manera muy diferente. De la plaza San Francisco de la Loma se marcharon El Hogar (que fue más que un bar hasta su último suspiro) y, hace poco, Los Viejos. Me descoloco. Después, me ubico, me sitúo, pero de forma diferente: una fachada descascarillada, un árbol que lucha por estar, un conocido que aún almacena mi cara en su archivo mental. Después, mi nombre, el de mi padre, mi apodo. El espacio permanece inmóvil. El tiempo me devuelve hacia atrás.

De esto trata el fin del espacio. No de que Albox se desvanezca en la nube cósmica digital que deja caer su lluvia sobre nuestras cabezas en forma de gotas algorítmicas. Ni que la rambla se abra a modo del mar Rojo —ni siquiera lo hizo en la gran riada de la década de los setenta—. Ni siquiera de que la meteorología juegue a los dados, como hizo el universo de Einstein, durante la primera semana de octubre, y nos joda las fiestas de San Francisco. Es más sencillo: nada permanece. El espacio es una pausa en el tiempo. Una forma provisional que este adopta para permitirnos vivir un ratito, orientarnos y discutir con el municipal si mi coche está mal aparcado frente a la farmacia. Somos tiempo. Las aceras, las plazas, las familias. El pueblo también.

Nací, crecí y viví aquí. Mi familia lleva generaciones formando parte de este organismo que (con)fluye entre lo biológico y lo social que denominamos Albox. A los dieciocho años me fui, como tantos. Y ahora, treinta años después, mi sobrino. Primero, para estudiar en la Universidad de Murcia. Trece años de estudio, trabajo y una intensa vida bajo la luz de las farolas y frente a las persianas cerradas de la vida diurna. Después, viajar, investigar, equivocarme, enseñar, volver (a equivocarme), aprender y marcharme. Tras Murcia... Madrid, París, San Gallen, Zúrich, Mánchester, Quito, La Habana, Milán, Salamanca y vuelta a Zúrich. Uno intenta convencerse, tras infinidad de traumas y (des)encuentros que será de esas personas que ampliarán el mundo, para, años después, descubrir que lo que incrementa inconmensurablemente es la distancia con el niño y muchacho que fue. He vivido (y lo seguiré haciendo) en muchas ciudades, pero ninguna conserva esa versión tan mía, tan antigua de mi historia como mi pueblo. Albox conoce, recuerda cosas de mí que yo he olvidado con el paso del tiempo. Por prudencia, esa que yo

nunca tuve y lo saben muy bien los que me acompañaron en mis andanzas quijotescas y sánchezcas (no las del actual presidente de la nación, sino las del Panza), se limita a guardarlas en ese viejo armario librero frente a la oficina en la primera planta de El Hogar. Ese que ya solo existe en la memoria de unos pocos. En la mía.

Cuando regreso, en mí se aviva la idea de que nunca me fui. Para llegar hasta la "placeta", hay que cruzar varias rotondas nuevas y una almazara que ya no extrae y emana oro verde. Tres piedras conoidales y cinco letras mayúsculas enormes: ALBOX. Como si la Villa temiera olvidar su identidad durante una de esas noches en las que todos los gatos son pardos. La rotonda es ese "modelo circular del recuerdo" en el que la España interior procesa la posmodernidad, sin entender que ya cruzamos la línea roja hacia el transhumanismo. Materializa el pasado tomando un objeto que antes trabajaba, tenía vida. Entonces, lo jubila, lo diseca para que por fuera parezca que no está muerto. Lo coloca frente a los ojos atentos y agotados de un tráfico que, durante varias generaciones, da vueltas a su alrededor. Una metáfora perfecta para el eterno retorno de Nietzsche y de Borges. La bajada de la cuesta "del Rosao" me quita esas pajas mentales de la cabeza. Se empeña en explicarme el presente, aunque la casa del Luis "El Cojo" se haya convertido en una plazuela y en un gran mural.

Aparco (porque es difícil, por no decir imposible, llegar en otro medio que no sea el coche). Aparecen las coordenadas de mi juventud. "El pueblo" no es un lugar; es una base de datos emocional con bastantes copias de seguridad y mucho(s) valor(es) perdido(s) al copiar los recuerdos de un disco duro a otro. Por suerte, como piensan algunos en esta "era digital", tenemos Google Drive. ¡Ingenuos! Los bancos, hasta hace poco, solo se apoderaban de nuestro dinero. Ahora les entregamos lo más valioso: nuestra identidad, nuestros datos, nuestra información.

Con lo dicho hasta aquí, no pretendo, de ningún modo, decir que mi historia sea más o menos especial que la de otros muchos emigrados, expatriados, por una u otra circunstancia, ya sea por decisión propia (como es mi caso) o por necesidad (como miles de paisanos que se vieron obligados a abandonar su pueblo por multitud de causas). La historia de Albox es una historia de etiquetas, en forma de apellidos y apodos, y de reemplazos. Hasta junio de 1488, la villa estuvo integrada en el reino nazarí de Granada. Capituló y pasó a obedecer a la Corona de Castilla. Cambió la soberanía. Esto no vació las casas ni las calles de un día para otro. Los documentos (y los dictámenes políticos) siguen un ritmo diferente al de las personas. Continuaron los mudéjares y los moriscos a quienes, tras las conversiones forzosas, el poder cambió el nombre y la religión. Pasaron a ser los "otros". Los "cancelados" de una historia y de una tierra que dejó de serles propia.